

# La sociología en Cuba hasta 1959: un panorama

Rolando Zamora

Sociólogo. (1948-1997).

**A**un cuando la investigación sociológica comenzó en Cuba hace apenas cien años,<sup>1</sup> tiene, sin embargo, antecedentes en las obras de algunos pensadores filosóficos o estudiosos de problemas socio-culturales, de finales del siglo XVIII y la mitad inicial del XIX.

En primer término, debe citarse al presbítero José Agustín Caballero (1762-1835), profesor de Filosofía y Teología del Seminario de San Carlos y San Ambrosio, quien trabajó por la reforma de la enseñanza en contra del escolasticismo —entonces en boga—, e introdujo el análisis crítico y la experimentación. Representante típico del Siglo de las Luces, se destacó por su actividad múltiple: colaborador en la prensa periódica, decano de la Facultad de Teología de la Universidad de La Habana, asesor del gobierno de don Luis de las Casas y profesor universitario. Su obra más reconocida es el libro *Philosophia electiva* (1797), donde expuso

su tesis de edificar la ciudad del porvenir a base, entre otras cosas, del fomento de la vida social cubana y cuyo análisis

de la realidad social, especialmente su actitud [...] frente al veneno de la esclavitud, su énfasis en el valor de lo público como modo de normar la civilización cubana [...], le convierten en un precursor de la ciencia de la sociedad.<sup>2</sup>

Tuvo tres discípulos destacados, el sacerdote Félix Varela (1787-1853), José Antonio Saco (1797-1879) y el pedagogo José de la Luz y Caballero (1800-1862), los cuales deben ser estudiados para determinar su influencia en este período formativo de un pensamiento sociológico cubano. En el caso de Luz, cabe destacar su *Impugnación a las doctrinas filosóficas de Víctor Cousin* (1840), donde trata de aplicar el método de las ciencias naturales a los estudios de la sociedad, «sentando como máxima de sociología aplicada evitar antes que curar».<sup>3</sup>

Andrés Poey (1826-1914) se dedicó también a la labor sociológica, en especial en su libro *M. Littré et Auguste Comte* (1880). Medardo Vitier menciona la existencia de otro libro suyo, titulado *Le positivisme* (París, 1876), donde «expuso la doctrina de A. Comte».<sup>4</sup>

Ya en el siglo XX aumentan las publicaciones y la enseñanza de la sociología. A continuación, mencionaremos en forma de breves fichas, algunas figuras identificadas.

Temas agradece a Maritza García Alonso, compañera del destacado investigador Rolando Zamora, prematuramente desaparecido, este texto suyo inédito que nos satisface poder publicar.

Enrique Lluria Despau (1862-1925), médico interesado en la problemática sociológica, desde el punto de vista de la izquierda radical de su época. Fue fundador del Partido Socialista Español junto con Pablo Iglesias, y escribió los libros *El medio social y la perfectibilidad de la salud* (1898), *Evolución superorgánica. (La Naturaleza y el problema social)* (1905), que constituye, para algunos, su obra cumbre, y *Humanidad del porvenir* (1906); todos ellos considerados hoy como rarezas bibliográficas.

Fernando Llés y Berdayes (1883-1949), notable conferencista y ensayista en temas filosóficos, quien se mantuvo fuera de los medios académicos y fue miembro del Grupo Minorista, escribió los ensayos *Individualismo, socialismo y comunismo. Los problemas de la conciencia contemporánea* (1932) y *El individuo, la sociedad y el Estado* (1932); su prosa, de gran valor estilístico, y el juicio creativo que lo caracterizaron le hicieron expresar a Medardo Vitier: «Cuando se produzca la sedimentación histórica de esta primera mitad del siglo en Cuba, habrá que examinar el pensamiento de Fernando Llés».<sup>5</sup>

Jorge Roa Reyes (1887-1947), nombrado en 1934 profesor de Estadísticas en la Facultad de Ciencias Sociales y Derecho Público de la Universidad de La Habana, fue autor de *En el surco de dos razas: estudio sobre la influencia de dos civilizaciones, la inglesa y la española, en Cuba e Hispanoamérica* (1929), y *Biología social. Investigaciones comparadas de Estadística social* (1939). Pérez de la Riva opinó que este último libro «así como otras publicaciones suyas, merecen recordarse».<sup>6</sup>

Alberto Lamar Schweyer (1902-1942), publicó el polémico texto *Biología de la democracia (Ensayo de sociología americana)* (1927), en defensa del régimen machadista y de las dictaduras en Latinoamérica —lo que le valió la expulsión del Grupo Minorista— y, poco después, *La crisis del patriotismo (Una teoría de las inmigraciones)* (1929).

A mediados de los años 30, ya se ha ido creando un grupo de especialistas que, por primera vez en Cuba, van a dedicarse profesionalmente, y no de forma ocasional, a la sociología en el campo académico, impartiendo clases en la segunda enseñanza y la Universidad. Esos docentes son hoy casi desconocidos: Francisco Domenech Vinajeras, profesor titular del Instituto de La Habana, quien redactó varios escritos, en un período que abarca tres décadas: *El concepto materialista en la Historia de Cuba* (1915), *Ciencia y sociedad* (1935), *Tres vidas y una época* (Pablo Lafargue, Diego V. Tejera, Enrique Lluria (1941), e *Introducción a la sociología* (1946). Martín Rodríguez Vivanco, catedrático de sociología Pedagógica en la Escuela de Educación de la Universidad de La Habana, quien preparó una *Introducción a la sociología pedagógica* (segunda edición, 1937); Miguel Belaúnde San Pedro, Profesor titular y jefe de la Cátedra de Introducción a la Filosofía, Lógica y

Sociología del Instituto del Vedado, autor de un libro de texto para el bachillerato: *La sociología en la segunda enseñanza* (1945); Armando García Mendoza, catedrático de Sociología en el Instituto del Vedado, que publicó el primer tomo de un *Manual de sociología* (1949). Está aun por hacerse un estudio sobre la enseñanza de la sociología en esa época, y su influencia sobre el alumnado.

La investigación social en Cuba ha estado, casi hasta hoy, desarticulada, por la magnitud de las cuestiones por analizar, los hechos característicos y las explicaciones que dar. Se trata de una problemática virgen en muchos sentidos. En este campo todos hacían de todo y la especialización era una quimera. Las fronteras difusas entre los objetos de estudio de la etnología, el folklore, la antropología y la sociología, son aquí mucho más imprecisas por la manera en que ellas han ido desarrollándose en la práctica. Tal fue el caso de Fernando Ortiz.

No debemos pasar por alto, en el balance de los estudios sociológicos, la obra de Lydia Cabrera (1899-1991), iniciada desde la década de los 30 y que, más allá de cualquier clasificación formal, produjo numerosos libros, uno de ellos antológico —*El Monte* (1954)—, esencial para entender una buena parte de la religiosidad del cubano. Es un texto con valor literario, resultado de años de indagación directa con los creyentes.

Solo es en la década de los 50 cuando la sociología adquiere un carácter profesional en lo que respecta a la investigación empírica, a partir del surgimiento de agencias especializadas en surveys, estudios de mercado, etc., como apoyo a las campañas publicitarias para la comercialización de productos y servicios. En ese contexto, es destacable la labor de Raúl Gutiérrez Serrano (1910-1986), profesor universitario y de la Enseñanza Media Superior desde 1934, quien fue uno de los directores de una reconocida empresa publicitaria y del Instituto Cubano de Opinión Pública y Psicología Aplicada. Con el equipo de investigadores de esa institución efectuó, en 1960, un estudio sobre el lenguaje activo y pasivo del analfabeto, que sirvió para fundamentar metodológicamente la Campaña Nacional de Alfabetización (1961). Esa encuesta, con una muestra de 5 000 casos, fue procesada con equipos IBM y tuvo por objetivo obtener información sobre las quinientas palabras más pronunciadas, y el mismo número de las más escuchadas (mediante la radio y las conversaciones), y dar así elementos para preparar una cartilla de alfabetización ajustada a los requerimientos de los adultos.

El financiamiento de investigaciones sociales por instituciones no gubernamentales era excepcional

entonces, por lo que es de subrayar la labor realizada, antes de 1959, por la Agrupación Católica Universitaria, que dio a conocer los resultados de varias encuestas sociodemográficas. Estos fueron estudios pioneros por la complejidad del trabajo de campo y su extensión territorial, y contribuyeron a que la sociología dejara de ser una profesión de gabinete y saliera a palpar los problemas en el terreno, con otros métodos, además de la observación y la entrevista profunda, usuales en la obra de Fernando Ortiz y Lydia Cabrera.

Hubo otros sociólogos destacados, desde fines del siglo XIX hasta mediados del XX: Enrique José Varona, Fernando Ortiz, Elías Entralgo, Roberto Agramonte y Raúl Roa. Pertenecientes a generaciones diferentes, todos tenían, en mayor o menor medida, algo en común: eran intelectuales que, desde profesiones afines, incursionaron en el análisis sociológico de los procesos sociales cubanos; pero no fueron sociólogos en el sentido estricto del término. La falta de dedicación, a tiempo completo, se debía a que una buena parte de su vida activa fue consumida por la política (con la excepción de Entralgo), las tareas docentes y otras labores del pensamiento (crítica literaria, periodismo, abogacía).

## Los sociólogos más destacados antes de 1959

Estos autores están enmarcados en tres generaciones.<sup>7</sup> Enrique José Varona forma parte de la integrada por los intelectuales nacidos entre 1850 y 1879, quienes comienzan a producir su obra con posterioridad a la Guerra de los Diez años (1868-1878). Fernando Ortiz se ubica en la generación siguiente, nacida entre 1880 y 1901, que surge a la luz pública después de la instauración de la República burguesa, en cuya institucionalización participa. Elías Entralgo, Roberto Agramonte y Raúl Roa son miembros de la primera generación republicana —los nacidos entre 1902 y 1929. Se suman a la vida política y cultural durante las luchas antimachadistas o inmediatamente después de la caída de la dictadura, como parte de una actitud crítica respecto a la semicolonía; y están activos hasta el triunfo revolucionario.

No abundaremos en sus experiencias y tareas generacionales, pero es importante precisar que elaboraron sus escritos sociológicos durante un período crucial de la historia de Cuba que, si bien no es largo en la vida de un país (alrededor de 70 años), estuvo cargado de significaciones sociales, dentro de un convulso proceso político que nos hace pasar de la última colonia española a la primera revolución socialista en América.

## Varona

Enrique José Varona y Pera (1849-1933) fue una de las figuras de la cultura cubana de relieve continental. En su larga vida, se destacó por sus actividades políticas e intelectuales. Fue poeta, filósofo, pedagogo, orador, ensayista, profesor universitario, director del periódico *Patria* (1895-1897), vicepresidente de la República (1913-1917) y, ya muy anciano, opositor connotado de la dictadura machadista (1925-1933), lo que le valió ser reconocido, por la juventud universitaria, como Maestro.

Hombre de su época, con una existencia dominada por tantas inquietudes, trabajó de forma más o menos incidental sobre problemas de índole sociológica, que revertía como arma de lucha política, en una parábola que va desde *El bandolerismo* (1888), contra el colonialismo español, hasta *El imperialismo a la luz de la sociología* (1905), enfrentado al semicolonialismo yanqui.

Medardo Vitier ha señalado la filiación positivista de Varona, pero reconociendo que «no construye sistema como pensador. Por ese lado de las cosas, no pertenece al positivismo de Comte».<sup>8</sup> Al contrario, realizó una fuerte crítica a la sociología comtiana; de esa corriente filosófica «no queda, pues, en Varona, más que la actitud antimetafísica del primer período en la vida del profesor francés».<sup>9</sup> Vitier comenta, además, la influencia que recibió Varona del positivismo evolucionista, pero también en este caso fue «evolucionista con distinguo», pues «el sistema de Spencer, pese a su pretensa positividad, se colorea de metafísica»;<sup>10</sup> de lo cual concluye que el positivismo varoniano estaba «mucho más adherido a la tradición del empirismo inglés y a los positivistas ingleses del siglo XIX, que al positivismo francés».<sup>11</sup>

Cabe señalar que Varona conoció la obra de Marx, pero, por una incompreensión muy común en aquella época, la consideró como «la exageración de un hecho cierto».<sup>12</sup> Es por ello que, aunque en su labor sociológica admite la importancia de los factores económicos, no les dio un empleo consecuente en la explicación del desarrollo social. En resumen, Vitier lo reconoce como sociólogo, «pero sus ideas van por la vertiente realista. No se demora tanto en los principios generales de la sociología como en su aplicación a hechos de la vida cubana», y valora su «capacidad para manejar a la vez vastas explicaciones de la historia y sucesos concretos».<sup>13</sup> Aquella parte de sus escritos más conocidos (artículos, ensayos, conferencias) vinculados con los estudios humanos son los que relacionamos a continuación: *El positivismo* (1878), *La metafísica en la Universidad* (1879), *La evolución psicológica* (1879), *El bandolerismo* (1888), *La psicología como ciencia experimental* (1894), *El imperialismo a*

la luz de la sociología (1905), Curso de Psicología (1905) y El imperialismo yanqui en Cuba (1921).

Impulsor y divulgador de las investigaciones sociales, participó activamente como miembro de la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba (1877-1891), donde presentó, en julio de 1878, el primer proyecto de encuesta conocido en nuestro país, mediante un cuestionario que debía ser llenado por los maestros de escuelas para niños negros,<sup>14</sup> destinado a indagar los antecedentes étnicos, el grado de inteligencia y las cualidades de carácter de estos alumnos, y cuyo diseño se basó en el Cuestionario de Psicología Antropológica, elaborado por el doctor Letourneau, en 1877.

Al fundamentar su propuesta de estudio ante los demás miembros de la Sociedad, el acta de la reunión hace constar que Varona se refirió a «el gran campo de investigación que le ofrecían la coexistencia en un mismo territorio y el cruzamiento de diversas razas, haciendo así fructuoso para la ciencia un hecho tan lamentable en la esfera social» y, acto seguido, hace una crítica de la teoría racista del francés José Arturo Gobineau, y expresa que

harto sabidas eran [...] las diversas teorías que aún están en pugna con motivo del cruzamiento; teorías de importancia suma, como que miran nada menos que a resolver el grave problema del contacto de las razas y la ascensión en la escala de la cultura de las inferiores. Recordó brevemente la exagerada doctrina de Mr. Gobineau, según la cual todo cruzamiento es funesto a la raza superior, sin que por eso sea provechoso a la inferior; y le opuso la teoría más racional, a su sentir, que asevera que la mezcla de dos razas desiguales tiende a eliminar la inferior, trayendo poco a poco sus descendientes a la masa común de la superior.<sup>15</sup>

Reconocía, no obstante, que ambas posiciones teóricas tenían un mismo punto débil, al «faltarles un abundante sedimento de hechos observados y clasificados». <sup>16</sup> Y es por la falta de datos empíricos, que avalaran su punto de vista, que propuso la realización de esta investigación sociológica concreta.

Es de notar que, con esta polémica, Varona comenzó el tratamiento de un problema básico para la identidad nacional: el mestizaje racial y cultural. Aun cuando aceptó el prejuicio, corriente en la época, de considerar la existencia de razas superiores e inferiores, defendió la posibilidad de integración social de los africanos traídos por la fuerza a Cuba, en un momento en que el país apenas acababa de salir de la esclavitud negra, y estaban vivas las aprensiones que estimuló el gobierno colonial para separar los dos grupos raciales más importantes. El problema abordado mediante la encuesta era por ello lícito entonces y aún es de cierta actualidad. Continuó siendo tratado, con preferencia, por otros investigadores, en particular Ortiz y Entralgo, con una perspectiva más profunda, debido a las experiencias científicas y políticas acumuladas.

El artículo titulado «El bandolerismo, reacción necesaria», fue publicado por Varona en Revista Cubana, en 1888; era esa una temática de gran relevancia para la época, por lo generalizado de tal hecho en nuestros campos. Redactado en una prosa clara y elegante, su primera parte es una breve introducción teórica del problema que, partiendo del concepto de cooperación, como principio básico para la constitución y desarrollo de cualquier sociedad, reconoce que cuando está dirigida a «fines anormales es, por lo menos, un caso de regresión, y siempre un caso patológico»,<sup>17</sup> lo cual produce un retraso en la evolución de los pueblos. Concluye diciendo que

[d]onde quiera que aparezca una sociedad para hacer mal [...] la explicación del fenómeno ha de buscarse en las condiciones sociales del pueblo en que se produzca. Estamos en presencia de un fenómeno sociológico. Quiere esto decir que estudiando los caracteres normales de la evolución social, será como podremos determinar las causas de la aparición del fenómeno anormal». <sup>18</sup>

Fue precisamente tal estudio el que pretendió realizar Varona, empleando para ello el análisis documental de fuentes históricas y las estadísticas oficiales del gobierno colonial.

Basándose en esta información, expuso las premisas que consideró condicionantes en el surgimiento del bandolerismo en Cuba: prácticas similares en España, desde las guerras de reconquista hasta el propio siglo XIX; los excesos cometidos por los españoles en la conquista y colonización en América; la cuantiosa emigración de delincuentes peninsulares durante el período colonial; las crueldades típicas de la esclavitud negra; la práctica generalizada de los juegos de azar; la venalidad administrativa de las autoridades coloniales a todos los niveles, y los abusos de poder y la violencia moral y física que trajo aparejada. En suma, lo que él mismo llamó por su nombre: «la explotación sin misericordia del hombre por el hombre». <sup>19</sup> Todas esas condiciones eran, según su criterio, las que dieron origen, y mantenían viva, la práctica del bandolerismo, como «respuesta necesaria» al estado de cosas reinante.

El imperialismo a la luz de la sociología es el texto de una conferencia pronunciada por Varona en 1905, en su cátedra universitaria. Su estilo se caracteriza por un sutil didactismo y una exposición demostrativa, en la que es perceptible el tono de la disertación académica. El método empleado en la investigación es el análisis documental de fuentes históricas y datos estadísticos. El objeto de estudio es la génesis del imperialismo y las posibles repercusiones de tal fenómeno socioeconómico sobre el desarrollo de Cuba, como nuevo Estado independiente.

Al inicio de su conferencia, Varona expresó su interés por tratar el tema no desde el punto de vista del político

**Fernando Ortiz es el sociólogo cubano que ha hecho el aporte teórico más importante y original en este campo de las ciencias del hombre. Nos referimos al concepto de *transculturación*.**

sino «a la luz de la sociología».<sup>20</sup> Caracterizó esa disciplina social como «una ciencia, cuya materia es antigua [...]; aunque sea nuevo su nombre, y nuevos sus procedimientos de investigación [...]; una ciencia que hoy ocupa el primer plano de las preocupaciones de los hombres de saber, y que va extendiendo cada vez más su radio de acción».<sup>21</sup> Y agregó: «necesito tratar este problema dentro de los estrechos límites de una ciencia que ya posee sus métodos y su manera de investigar [...], necesario es que os diga que si bien por hallarse esta ciencia en su período de gestación, sería muy fácil encontrar contradictores a las más de las doctrinas que hoy asienta».<sup>22</sup>

No obstante, considera que la argumentación que va a exponer estará basada en uno de los principios más aceptados, el de la integración o asimilación social, propio del positivismo organicista. O sea,

que tan pronto como se forma un grupo de hombres que constituyen sociedades, lo propio, lo característico y lo fundamental es que ese grupo tienda a aumentarse sucesivamente, a extenderse, a coordinarse, a desarrollar armónicamente sus fuerzas; y como consecuencia ineludible, a ocupar mayor extensión en el espacio.<sup>23</sup>

Este principio lo presenta como de completa generalidad y expresión de un hecho natural, pues en «el crecimiento de un grupo humano, no vemos leyes distintas a las que presiden el crecimiento de un organismo individual».<sup>24</sup> En suma, el reconocimiento de la validez metodológica del darwinismo social le impide dar una respuesta a la problemática que plantea, desde la sociedad misma; llevándolo, por desestimar sus esencias económicas, a extender sus manifestaciones a épocas anteriores a la sociedad capitalista, negando el principio material, productivo, de ese concepto; aunque en otra parte de la conferencia comentó: «Las causas son de orden profundamente social, porque son de orden esencialmente económico».<sup>25</sup>

Al hacer el análisis más detallado del funcionamiento del imperialismo, tanto en aspectos cuantitativos como cualitativos, toma el ejemplo de Inglaterra, y resalta que su expansión territorial se efectuó siempre en países que eran «la línea de menor resistencia».<sup>26</sup> Estos son los que hoy llamamos subdesarrollados, del Tercer mundo, que Varona denominó, sin mayores complejidades conceptuales, los «países tropicales».<sup>27</sup> Luego de analizar, en el caso inglés, las tres condiciones que considera

indispensables para que un país pueda convertirse en imperialista (crecimiento de la población, desarrollo económico y acumulación de capitales, y cultura mental superior), alerta a su joven auditorio, de forma vehemente, sobre el peligro que representa para Cuba la existencia de la nueva potencia imperialista, los Estados Unidos de América, llamándolo a actuar políticamente para que Cuba no fuera una línea de menor resistencia; aunque sin dar criterios de cómo hacerlo.

## Fernando Ortiz

Comentar la obra enciclopédica de Fernando Ortiz Fernández (1881-1969), en unos pocos párrafos, es algo sencillamente temerario. No escaparon a su curiosidad múltiple muchas de las ciencias del hombre: criminología, musicología, sociología, historia, derecho, economía, antropología, arqueología, folklore, lingüística. La variedad de sus intereses intelectuales lo convirtieron en polígrafo y le valieron el título de Tercer Descubridor de Cuba, al decir de Juan Marinello.

Su obra le concedió gran prestigio desde las primeras décadas del presente siglo y fue reconocido, hacia la mitad de este, como «la figura más destacada en el estudio de la realidad cubana, aunque no desde el punto de vista estrictamente sociológico».<sup>28</sup> Mariano Rodríguez Solveira fue mucho más preciso, al expresar:

En su vasta y variada obra, dedicó Don Fernando su atención a las ciencias del hombre. Por eso su interés se centró en la sociología y la antropología social. Todos los temas que tocaba los trataba «como sociólogo». Este pensar [...] le da un denominador común a toda su obra, no importa cuán diversos fueran los temas que tratara. En la esencia de cada trabajo, de cada tesis, asomaba el sociólogo. En sus escritos sobre instrumentos musicales, sobre pintura o sobre política, etc., el juicio sociológico siempre estaba presente.<sup>29</sup>

Esta labor, desplegada en algo más de sesenta años de su larga vida, encontró la cúspide en una decena de libros fundamentales para la cultura nacional: *Los negros brujos* (1906), *Los negros esclavos* (1916), *Historia de la Arqueología indocubana* (1922), *Catauro de cubanismos* (1923), *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* (1940), *La africanía de la música folklórica de Cuba* (1950), *Los bailes y el teatro de los negros en el folklore de Cuba* (1951), *Los instrumentos de la*

música afrocubana (en cinco gruesos tomos, 1952-1955), Historia de una pelea cubana contra los demonios (1959); además de dos publicaciones póstumas: Nuevo catauro de cubanismos (1974) y Los negros curros (1986).

Ubicar teóricamente tan extensa obra no es fácil y todavía es asunto de discusión, pues Ortiz, según Julio Le Riverend, «rechazaba sistemáticamente toda disquisición sobre teoría, metodología y clasificación científica, fuera en el sentido de campos o disciplinas, fuera en cuanto a escuelas o tendencias».<sup>30</sup> Durante su trabajo investigativo echó mano a todos los elementos conceptuales que pudieran serle útiles. Comenzó por un temprano positivismo, influido por la escuela italiana de criminología, reflejado en sus estudios sobre la «mala vida» cubana, con Los negros brujos y culminó en su Proyecto de Código Criminal Cubano (1926), con prólogo de Enrico Ferri; pasó progresivamente a incorporar elementos del funcionalismo y el historicismo marxista, tomados los primeros de la escuela de Malinowsky, y los segundos del italiano Alfonso Asturaro, todo ello sin renegar por completo de su positivismo inicial. Se trató, más bien, de un enriquecimiento constante de su perspectiva conceptual, para estudiar con mayor objetividad la problemática específica de Cuba.

No obstante esa aparente despreocupación metodológica, hoy por hoy, Fernando Ortiz es el sociólogo cubano que ha hecho el aporte teórico más importante y original en este campo de las ciencias del hombre. Nos referimos al concepto de transculturación, que dio a conocer en su libro Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar, el más conocido, sin dudas, de todos los que escribió.<sup>31</sup>

El Contrapunteo... es un ensayo de regular amplitud, precedido por una elogiosa introducción de Bronislaw Malinowsky, y al que le siguen veinticinco capítulos adicionales, sobre las repercusiones culturales de ambos productos insulares, basados en información documental y acompañados de un conjunto de ilustraciones, que lo convierten en un trabajo de erudición impresionante. Por sus excelencias literarias este libro es uno de los clásicos de la ensayística cubana.

En la introducción, Malinowsky refiere sus relaciones intelectuales con Fernando Ortiz y «su obra sociológica»,<sup>32</sup> a la cual califica de modelo. Ya desde la primera página, expone que Ortiz le expresó sus intenciones de utilizar un nuevo vocablo técnico: transculturación, «para reemplazar varias expresiones corrientes, tales como “cambio cultural”, “aculturación”, “difusión”, “migración u ósmosis de cultura” y otros análogos que él consideraba como de sentido imperfectamente expresivo».<sup>33</sup> Malinowsky, exiliado cultural él mismo, critica el concepto de aculturación, pues es

un vocablo etnocéntrico con una significación moral. El inmigrante tiene que «aculturarse» (to acculturate); así han de hacer también los indígenas, paganos e infieles, bárbaros o salvajes, que gozan del «beneficio» de estar sometidos a nuestra gran Cultura Occidental [...]. El «inculto» ha de recibir los beneficios de «nuestra cultura»; es «él» quien ha de cambiar para convertirse en «uno de nosotros».<sup>34</sup>

Considera que tal enfoque del problema impide su real comprensión pues «una oleada cualquiera de inmigrantes [...] experimenta cambios en su cultura originaria; pero también provoca un cambio en la matriz de la cultura receptiva».<sup>35</sup> Explica a continuación cómo en sus trabajos se hace eco de esta perspectiva de análisis y expresa una «completa conformidad con Fernando Ortiz»<sup>36</sup> al respecto. Concluye que nuestro sabio

pertenece a esa escuela o tendencia de la ciencia social moderna que ahora se apellida con el nombre de «funcionalismo». Él se percata claramente de que los problemas económicos y ecológicos del trabajo y de la técnica son los fundamentales de las industrias aquí tratadas; pero el autor se da plena cuenta del hecho de que la psicología del fumar, la estética, las creencias y los sentimientos asociados con cada uno de los productos finales aquí tratados son factores importantes de su consumo, de su comercio y de su elaboración.<sup>37</sup>

Es precisamente en los capítulos adicionales donde Don Fernando define el concepto de transculturación, aunque ya está presente en la forma de desarrollar su análisis, en el ensayo preliminar. Este es, al decir de Le Riverend, «uno de los pocos momentos en que [...] se expresa sobre los problemas generales de las ciencias sociales»,<sup>38</sup> y es el resultado de más de 30 años de trabajo y meditación sobre los temas cubanos que le apasionaron. Es una síntesis magistral de todas las tareas científicas que abordó, desde 1906, con sus trabajos sobre el «hampa afrocubana»; en suma, «un marco general de comprensión del pasado y el presente del gentío cubano, [...], una explicación documentada del medio histórico en que nutría sus raíces».<sup>39</sup>

En el capítulo adicional, que tituló «Del fenómeno social de la “transculturación” y de su importancia para Cuba», expuso Ortiz de forma breve sus ideas. Reconoce el carácter de neologismo de la expresión y escribe que «nos atrevemos a proponerlo para que en la terminología sociológica pueda sustituir, en gran parte al menos, al vocablo aculturación»,<sup>40</sup> y resalta lo polémico del nuevo concepto, aun cuando considera que «transculturación es el vocablo más apropiado».<sup>41</sup>

La definición de transculturación que da Ortiz es aplicable por igual a todos los grupos humanos que se introdujeron o fueron introducidos en el melting pot cubano (europeos, africanos, chinos, indios y criollos continentales). Procede de tal forma porque entendía que ese concepto

expresa mejor las diferentes fases del proceso transitivo de una cultura a otra, porque este no consiste solamente en adquirir una distinta cultura, que es lo que en rigor indica la voz angloamericana *acculturation*, sino que el proceso implica también necesariamente la pérdida o desarraigo de una cultura precedente, lo que pudiera decirse una parcial desculturación, y, además, significa la consiguiente creación de nuevos fenómenos culturales que pudieran denominarse de neoculturación [...]. En conjunto el proceso es una transculturación, y este vocablo comprende todas las fases de su parábola.<sup>42</sup>

De donde se deduce el carácter dialéctico del análisis de los fenómenos sociales propuestos por Ortiz, a partir de su experiencia en los estudios afrocubanos, que extiende como válido a todas las culturas, en mayor o menor grado, al agregar que esas «cuestiones de nomenclatura sociológica no son baladías para la mejor inteligencia de los fenómenos sociales [...] El concepto de transculturación es cardinal y elementalmente indispensable para comprender la historia de Cuba y, por análogas razones, la de toda América en general».<sup>43</sup>

Una utilización práctica de tal perspectiva conceptual hace Don Fernando en el capítulo adicional, «De la transculturación del tabaco», en el cual expone la historia transcultural de ese producto, desde el valor ritual y mágico que le atribuían los indios americanos, hasta su integración como mercancía dentro de la moderna economía mundial. Es de notar que en esta parte del libro (donde analiza el tabaco y su expresión en los ritos, la economía, la literatura y otras expresiones superestructurales), reconoce el carácter determinante del factor económico para la definitiva transculturación en los usos de la hoja.

Visto así, comprendemos la actualidad y el sentido revolucionario del concepto de transculturación, pues al oponerlo conscientemente al enfoque neocolonial que provee la aculturación, aporta una perspectiva de liberación nacional para el Tercer mundo, dirigida a la defensa y revalorización de las culturas consideradas primitivas e inferiores por los poderes centrales; es una síntesis admirable de dos temas recurrentes en nuestros pensadores sociales: la identidad nacional y la influencia semicolonial del imperialismo.

## Elías Entralgo

Elías Entralgo Vallina (1903-1966) se destacó por su larga y fructífera vida académica, vinculada a la Universidad de La Habana, sin la cual no es posible concebir su labor intelectual. Comenzó a trabajar allí en 1929 como profesor instructor de sociología, cargo al que renunció al año siguiente, como protesta contra la dictadura machadista. En 1934 se reintegra y ocupa las cátedras de Historia de Cuba y Sociología Cubana.

Al morir, era Decano de la Facultad de Humanidades. Su labor como promotor cultural fue significativa, y se destaca por ser el primer secretario de la Sociedad de Estudios Afrocubanos (1936) —fundada por Fernando Ortiz—, bibliotecario de la Sociedad Económica de Amigos del País y presidente de la Comisión Nacional Cubana de la UNESCO.

Entre su bibliografía activa, también numerosa en temas históricos y literarios, pueden citarse los siguientes escritos vinculados con la sociología: *Esquema de sociografía indocubana* (1935), *El ideario de Varona en la filosofía social* (1937), *sociología cubana* (conferencias mimeografiadas para su cátedra universitaria, s/f), *Síntesis histórica de la cubanidad en los siglos XVI y XVII* (1944), *Períoca sociográfica de la cubanidad* (1947), *Historia social* (1952) —tomo IV de la *Historia de la nación cubana*—, *La liberación étnica cubana* (1953) y *Algunas facetas de Varona* (1965), que es una recopilación de sus conferencias sobre el ilustre pensador, entre 1934 y 1950.

Sus textos, donde predominan los artículos o conferencias, tienen un marcado carácter docente; en ellos, sus «aportes sobre la formación del carácter cubano son valiosos».<sup>44</sup> De acuerdo con Félix Lizaso, «la obra que de Entralgo conocemos no es [...] sino una mínima parte de lo que ha trabajado y algún día será dado a conocer»,<sup>45</sup> pues, debido a su probidad intelectual, que lo llevó a la búsqueda del dato preciso y la interpretación más esencial, «ha acometido empeños que no hemos visto terminados. Así, su estudio sobre el carácter cubano, que lo fue llevando por tantos atajos y dispersiones, hasta hacerle pensar que su obra necesitaba mayores investigaciones, nuevos estudios».<sup>46</sup> Todo esto nos hace considerar la posibilidad de que algunos de sus textos sociológicos de mayor madurez estén en archivos, fuera del conocimiento público, en espera de ser editados, como consecuencia de esa «insatisfacción consigo mismo, que sin duda a nosotros nos parece un poco excesiva».<sup>47</sup>

En el plano filosófico fue clara su filiación no marxista. Era, no obstante, una personalidad vinculada con las izquierdas y con las tendencias más progresistas de la sociedad cubana; lo cual demostró en la posición que mantuvo ante la Revolución de 1959, integrándose a ella en una ingente tarea de promoción cultural y de formación de una nueva generación de profesionales universitarios. Él mismo expresó: «no somos católicos ni comunistas, pero nacimos en la cubanidad y debemos sentir la cubanía».<sup>48</sup>

Su apreciación crítica de la política corrompida de la República burguesa, lo llevó a aislarse de la lucha partidista y a expresar conceptos tales como:

La política de partido es propia de los viejos por ser actividad endiablada y diabólica. Ser político es pasarse de picao, saber más de la cuenta, y no hay que olvidar que más sabe el

Es así que heredamos del período prerrevolucionario una sociología raquítica, con algunas contribuciones notables, en especial de Varona y Ortiz, dentro de la cual hubo muy pocos aportes desde una perspectiva marxista.

diablo por viejo que por diablo [...]. Si algún día se informan de que figuro en un partido político les autorizo a pensar que estoy viejo; y si se enteran de que me he muerto de más de ochenta años sin militar en ningún bando de esos, es que nunca dejé de ser espiritualmente joven.<sup>49</sup>

Bien mirado, esta es una posición política muy determinada, de abstención y automarginación ante la inmoralidad gubernativa; de ello nos informa usando un estilo expositivo que podríamos calificar de auténtico choteo.

Ciertamente, en un fragmento tan pequeño como el antes citado, pueden notarse las características esenciales de la prosa de Entralgo: un lenguaje discursivo refinado, pero no ajeno a los cubanismos, que a veces casi llega a lo coloquial callejero. Al valorarlo, Félix Lizaso, destacó la importancia de lo analítico en sus textos: «Más que la brillantez formal, lo que sobresale [...] es el vigor del juicio, siempre asistido por la razón cuando no por el aporte documental».<sup>50</sup>

El ensayo *Períoca sociográfica de la cubanidad* está dividido en tres secciones y tiene una extensión de algo más de 26 cuartillas. Como su propio título indica, se trata de un sumario de ideas que Entralgo deseaba desarrollar, más extensamente, con posterioridad. Es por esa aspiración sintética que el texto «tiende a apartarse, con simplicidad y sencillez, de rigurosas complicaciones técnicas» y, por lo tanto, «no es de sociología, sino de sociografía».<sup>51</sup>

En la primera sección, Entralgo expresa sus objetivos, y define qué entiende por sociografía y cubanidad. Partiendo de lo poco que se había discutido teóricamente sobre los contenidos de la sociografía, expone las opiniones de Von Wiese y Tönnies sobre sus funciones, sin citar fuentes. La primera función es «describir monográficamente algunos sectores de la vida social, sobre todo los pequeños, más apropiados para una observación concienzuda»; y la segunda, «la de estudiar territorios determinados, con sus habitantes, o sea, los países con sus gentes».<sup>52</sup> Y a renglón seguido agrega que

ha sido un sociólogo de nuestra América el que ha precisado y sistematizado la disciplina sociográfica: Hostos [...]. Sin

separarla de la sociología, ni negarle su esencial carácter descriptivo, la concibió como fundamentalmente analítica, y quiso que sus reproducciones [...] tuvieran la exactitud de verdaderas fotografías. Tales retratos de los estados sociales podrían tomarse —según él— en la generalidad de la vida humana o en la particularidad del modo de vivir singulares.<sup>53</sup>

Por último define, de forma un tanto indeterminada, el concepto de cubanidad: «el pedazo social humano que ha evolucionado sobre el territorio de la isla de Cuba».<sup>54</sup>

La segunda sección del ensayo ocupa la casi totalidad de este, y en él expone una apreciación de las variaciones en la estructura clasista de la sociedad cubana, desde la época colonial hasta bien entrada la República burguesa.

Su análisis se basa en cuatro esquemas de la estructura social cubana, con un enfoque diacrónico: el primero a principios del siglo XIX; el segundo, en vísperas del comienzo de la Guerra de los Diez años (1868); el tercero, en el momento previo a la Guerra de Independencia (1895); y el último, válido para un período algo dilatado, que va entre 1930 y 1947, aproximadamente.

En estos esquemas emplea el concepto de clases sociales, pero de un modo restringido. Ello le impide llegar a un análisis esencial de su dinámica, pues aplica, en este punto, algunos criterios condicionantes (raciales, económicos y de determinismo geográfico), desde una perspectiva ecléctica, en la cual van alternándose el psicologismo y el economicismo.

Su interés por el estudio de la cubanidad se remonta al choque de culturas. Parte de la época precolombina hasta la década de 1940, sin aplicar la perspectiva transcultural propuesta por Ortiz unos años antes. Esto lo lleva, mediante un inconsciente eurocentrismo, a calificar peyorativamente de «primitivas» o «salvajes» a las culturas indias y negras, y concluye con afirmaciones insostenibles, tales como las de conceptualizar el carácter de los indocubanos como proclive a «el misoneísmo, la indolencia propensa a la lujuria»,<sup>55</sup> prejuicio ya rebatido convincentemente por Ortiz en su conferencia «La holgazanería de los indios» (1934). El análisis que hace de las condiciones sociales durante el siglo XIX no excede al realizado por Varona cuando criticó el colonialismo español en *El bandolerismo*. Por todo ello, el ensayo es muy inferior a los de Varona y Ortiz, en



especial el de este último, cuyo enfoque culturalista es más desprejuiciado e integral.

No obstante, las conclusiones político-sociales que Entralgo extrae de esas premisas son notables por su enfoque crítico. Como resultado del análisis del último esquema, describe así la política cubana:

El aparato estatal tenido como patrimonio exclusivo de las oligarquías políticas turnantes en el gobierno, que manejan la cosa pública como res privada [...] De acuerdo con este concepto, casi todos los dirigentes [...] y no pocos los dirigidos del grupo político que ocupa el poder público, deben enriquecerse con los ingresos del erario [...] Como para llegar al empleo oficial no se requiere ninguna capacidad técnica en la inmensa mayoría de los casos, sino militancia activa a favor de la tendencia política triunfante [...], o a veces ni eso, pues basta tan solo con tener influencia ante sus jefes, aunque se pertenezca al bando contrario o no se esté afiliado a ninguno; el burócrata o militar, lejos de advertir por parte alguna la misión integral del Estado, lo que tienen muy cerca, constantemente, es el movimiento unilateral de los politiqueros que gobiernan.<sup>56</sup>

De esa forma tan cruda planteó problemas que, bajo diversas modalidades, han estado permeando la práctica civil durante toda la vida republicana, y que todavía hoy esperan por un estudio: el «socialismo», el clientelismo político, el individualismo, la falta de profesionalidad, resumidos en esa visión «a corto plazo» que ha marcado a la clase política.

En un conjunto de conferencias que —bajo el título de sociología cubana— Entralgo dictó en su cátedra de la Universidad de La Habana, durante esa misma década, retomó los mismos esquemas de la estructura social. Refiriéndose a la sociología en nuestro país, expresó:

[L]a sociología cubana —que está naciendo— hay que contemplarla con los mimos y cuidados de todo lo que acaba de nacer [...] Otros pueblos, que por haber obtenido su independencia antes que el nuestro, se encuentran en un más alto grado de madurez política, cuentan ya con libros en que se estudia su sociología nacional. Tal es el caso de Bolivia con la obra de Alcides Arguedas, *Pueblo enfermo*; tal es el caso de la Sociología argentina de José Ingenieros; tal es el caso de los Estudios de la sociología venezolana, por Pedro M. Arcaya.<sup>57</sup>

Esta evaluación del estado de la sociología en Cuba, a fines de la década de 1940, confirma su espíritu autocrítico, y es mucho más realista que la efectuada por Roberto Agramonte.

## Roberto Agramonte

Roberto Agramonte Pichardo (1904-1997) se destacó inicialmente en el ensayo literario, y sus principales obras sociológicas son las siguientes: *La biología contra la democracia* (1925), donde impugna las ideas reaccionarias y promachadistas de Lamar

Schweyer; dos escritos sobre Enrique José Varona: *La obra filosófica y La obra político-social* (1937); *Los indios de Cuba, Aspectos sociológicos* (1938); *Introducción a la Sociología* (1944), libro de texto destinado a la enseñanza preuniversitaria, donde resume los contenidos de otro libro suyo, *Sociología* (1940), tratado de dos tomos que preparó para la cátedra que desempeñaba en la Universidad de La Habana; *Sociología de la Universidad* (1948); Mendieta y Núñez y su magisterio sociológico (1961), como parte de una colección de trabajos dedicados a la obra de ese sociólogo mexicano; *Estudios de sociología contemporánea* (1963), una serie de ensayos donde comenta los aportes de sobresalientes sociólogos del siglo xx, como Dilthey, Max Weber y Mannheim, entre otros.

Se destacó tanto en la vida académica como en la política del país. Desde 1926, a los veintidós años, era profesor titular de sociología y Filosofía Moral de la Universidad de La Habana. Posteriormente, lo fue de otras de Centro y Norteamérica y, a partir de 1960, de la Universidad de Puerto Rico. En la Universidad habanera ocupó, además, los cargos de Decano de la Facultad de Filosofía y Letras, y Vicerrector. Como profesor de sociología —ya en la década de los 40— Entralgo lo reconocía como «jefe natural de estas materias en nuestra Universidad».<sup>58</sup> Fue miembro de la alta dirigencia del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo), candidato a la presidencia de la República por esa organización (1952); embajador de Cuba en México (1946), y ministro de Relaciones Exteriores del primer gabinete del Gobierno Revolucionario (1959).

Miembro fundador de la Asociación Internacional de sociología, presentó en el congreso celebrado en Oslo, una ponencia donde caracterizó a la sociología cubana de entonces de la siguiente forma:

En general somos afectos a la sociología norteamericana, por su proyección empírica y factual, a la escuela objetiva francesa de Durkheim y Lévy Brühl, a la sociología sistemática de Wiese, Simmel, Vierkandt y Max Weber. Aunamos los métodos empíricos de investigación, en la sociología aplicada, el método fenomenológico buscando el ser de los objetos sociales, trascendentes a la conciencia, a virtud de la reflexión immanente y de la reducción eidética.<sup>59</sup>

De más está decir que Agramonte dio aquí una imagen idílica de lo hecho por nuestros investigadores: en realidad, la labor de ellos era mucho más modesta que el protocolo de intenciones antes citado; en cambio sí expresó sus propias preferencias que, hasta donde sabemos, tampoco llevó a la práctica.

Su obra más difundida fue el tratado que tituló *sociología*, tanto por el número de ediciones que tuvo entre 1940 y 1949, como por su función como libro de texto por el cual estudiaron muchos alumnos universitarios; en él quedó claramente reflejado su eclecticismo conceptual, tanto en la forma como en el

contenido del libro. Haremos un comentario general de los primeros tres capítulos: «La sociedad», «El hombre y la sociedad» y «Entidades sociales», de donde podremos extraer algunos elementos caracterizadores de su pensamiento sociológico.

En primer término, llama la atención su perspectiva psicologista, presente en todo el texto, unida a una concepción universalista del objeto de estudio de la sociología, que impide percibir lo que ciertamente de universal tiene la sociedad cubana; ello no es más que una muestra de la influencia de la sociología yanqui en los medios académicos habaneros. Afirmó que la sociedad «es la humanidad, el conjunto de todos los seres humanos que moran en el haz de la Tierra, anudando relaciones recíprocas [...] ha sido concebida, pues, como una especie de pueblo único, con existencia perdurable».<sup>60</sup> Y agrega, después de referirse a algunos ejemplos de sistemas naturales (átomos, bosques): «Pero falta algo en esos cosmos o conjuntos anteriores: falta el elemento interpsicológico determinante de las relaciones recíprocas. Ese elemento interpsicológico lo encontramos en la sociedad».<sup>61</sup> En suma, «el mundo social está constituido por seres que deciden sus actos a virtud de las operaciones de su conciencia o espíritu», que es «el centro de toda referencia en las ciencias que denominamos humanas, sociales o culturales».<sup>62</sup>

El darwinismo social también está presente en la concepción de Agramonte. Tal postura organicista lo hace reconocer que las relaciones entre individuos diversos forman «el tejido de la sociedad»,<sup>63</sup> y lo conducen a un naturalismo que nos deja perplejos, por lo indefendible: «la sociedad es un hecho natural, no artificial. El hombre, por naturaleza, desea vivir en sociedad, es un animal social».<sup>64</sup> De este modo obvia las particularidades del hecho social, solo concebible como entidad autónoma con respecto a la naturaleza.

La conclusión lógica de tales presupuestos es postular la existencia de una armonía funcional en la sociedad y negar, por lo tanto, la lucha de clases o cualquier otra manifestación contradictoria, disfuncional; perspectiva que vinculó a un voluntarismo ya entonces en entredicho. Así, afirmó que el hombre «a diferencia del animal, posee libertad o autonomía existencial, que consiste en que el espíritu sea el centro de su propia existencia, frente a los lazos y prisión de lo orgánico».<sup>65</sup> Esta posición respondió a la ideología de la burguesía reformista cubana, en alza política en la década de los años 40, después de liquidar el proceso revolucionario surgido como oposición a la dictadura machadista, y dista mucho de la sostenida por otros contemporáneos suyos, como fueron los casos de Entralgo y Roa, de severa crítica a una sociedad donde la «autonomía existencial» era escandalosamente tronchada, mediante

el fraude electoral, la presión ideológica o, simplemente, la violencia física.

Este libro se destaca por una prosa estructurada de modo muy confuso y carente de estilo, con un uso excesivo de citas, de las cuales casi nunca especifica las fuentes, por lo cual sorprenden los elogios que le dedicaron incluso investigadores con prestigio internacional, como Fairchild y Medina Hechevarría, y que Agramonte tuvo el cuidado de imprimir en la página final. No obstante, sus deficiencias mayores van más allá de lo propiamente formal; sustentó un conjunto de concepciones que hoy resultan anticuadas y lejanas de la realidad social del país. Son, en fin, representativas de una clase social, cuyo proyecto político reformista fracasó después de suscitar grandes esperanzas.

## Raúl Roa

Raúl Roa García (1907-1982) entró en la historia de Cuba, más que como sociólogo, por su temprana y constante labor política. Estuvo vinculado al movimiento revolucionario estudiantil en la Universidad de La Habana, enfrentándose al régimen machadista, por lo cual sufrió prisión entre 1931 y 1933; fue fundador del Directorio Estudiantil Universitario (1930) y del Ala Izquierda Estudiantil (1931), y tuvo que exiliarse en 1935. Desencantado de los resultados de la Revolución del 30, se distanció de la política, pero su posición revolucionaria y antimperialista, iniciada en la mitad de la década de los años 20, llegó a su culminación en su trabajo en favor de la Revolución socialista, de la que fue ministro de Relaciones Exteriores (1959-1976), miembro del Comité Central del Partido Comunista de Cuba (1965) y Vicepresidente de la Asamblea Nacional (1976).

Fue alumno ayudante en la cátedra de sociología (1928-1929) y profesor titular de Historia de las Doctrinas Sociales y de Filosofía Social en la Facultad de Ciencias Sociales y Derecho Público de la Universidad de La Habana, donde ocupó el cargo de Vicedecano y, después, de Decano; también trabajó como profesor de sociología en la Escuela Libre de La Habana (1939). Se doctoró en Derecho Civil y Público (1934), en la Universidad habanera; cursó estudios de posgrado en la Universidad de Columbia y en la New School for Social Research, de Nueva York; becado de la John Simon Guggenheim Memorial Foundation para estudiar los fundamentos y proyecciones económico-político-sociales del New Deal (1945-1946). Mucho más tarde, Raúl Gutiérrez y él fueron los únicos Doctores en Ciencias Sociológicas (1981), categoría académica honorífica conferida por el gobierno cubano por única vez en ese año.

Su obra literaria fue amplia. Sus artículos y ensayos, transidos de un lenguaje peculiar y cubanísimo, constituyen un testimonio de la Revolución del 30 y de los años posteriores a ella, así como un arma de combate por los intereses populares y contra el status quo. Sus escritos sociológicos más notables están vinculados al trabajo profesoral en la cátedra universitaria: *Panorama de la Historia de las doctrinas sociales* (1944), *Historia de las doctrinas sociales* (1949), *Problemas sociales* (1959).

Es precisamente del libro de texto *Historia de las doctrinas sociales* que haremos algunos comentarios; en específico, de los dos primeros capítulos: «El problema del método en las ciencias sociales» y «Génesis, carácter y objetivo de las doctrinas sociales».

La perspectiva teórica marxista de la que parte Roa para efectuar el análisis del pensamiento social puede constatar desde las primeras páginas, cuando afirma que «la existencia histórica de la sociedad, la realidad objetiva que es»,<sup>66</sup> representa el objeto de estudio de las ciencias sociales, las cuales

describen, explican, comparan y comprenden los vínculos concretos y los procesos efectivos que se derivan de la producción, circulación, consumo y distribución de bienes, de la regulación extrínseca de la conducta del hombre y de su comportamiento colectivo, de la organización de la sociedad en clases distintas, de las formas y fuentes del poder político, del progreso técnico, institucional y cultural, de la objetivación del pensamiento en usos y costumbres, en concepciones religiosas, en sistemas filosóficos, en obras de arte.<sup>67</sup>

Aún más, al concebirlo «aisladamente, el individuo es una abstracción»,<sup>68</sup> una «robinsonada» que tanto Marx criticó, pues la sociedad «se caracteriza por ser vida entre y con otros, en efectiva interdependencia material y espiritual y dentro de un complejo concreto y cambiante de intereses, relaciones, formas, apetencias y valores».<sup>69</sup>

La comprensión de lo social parte así de un concepto del hombre más complejo que el psicologista de la obra de Agramonte, y reconoce «la doble dimensión en que se expresa y concreta la vida del hombre» que es «parejamente, acontecer orgánico y acontecer social»,<sup>70</sup> lo cual es característico de la duplicidad existencial del ser humano, que «no es un ente aparte de la naturaleza, aunque lo parezca, ni tampoco pura naturaleza. [...] La dualidad en que se expresa y concreta su existencia no niega ni contradice la unidad sustantiva que es».<sup>71</sup>

Para completar el concepto de sociedad, Roa expuso también algunos criterios sobre el papel desempeñado en ella por las clases sociales, luego de reconocer su condicionamiento material:

La clase social se diferencia de la profesión, del estamento y de la casta, por ser, primordialmente, una relación

económica; aparece como una subdivisión de una formación social más vasta que la engloba y genera. No está fundada ni sobre la religión, ni sobre la sangre, ni sobre el honor. Es un complejo objetivo-subjetivo que surge de vínculos de carácter material.<sup>72</sup>

Abundando más sobre esto, agrega:

La posición que cada una de estas clases ocupa en el proceso de producción y distribución de los bienes y valores condiciona sus intereses propios y diferenciales [...] es una interdependencia pugnaz, tensa como el arco de una flecha a punto de disparar. Conviven en un equilibrio inestable.<sup>73</sup>

Roa, además, expone el aporte de Carlos Marx a esta conceptualización revolucionaria, al afirmar que su mérito «consiste en haber concebido las clases sociales como producto de las condiciones materiales de existencia, y haber postulado su desaparición histórica a través de una dictadura transicional del proletariado».<sup>74</sup>

Esa forma de ver las cosas le permitió sustentar una crítica al positivismo organicista en sociología, el cual trató, desacertadamente, de aplicar por analogía, los logros y el método de las ciencias de la naturaleza al estudio de la sociedad humana. Al respecto, Roa consideraba que la «confusión creada, como consecuencia del predominio del método naturalista en un ámbito gnoseológico que trascendía su sistema conceptual, se tradujo en una crisis profunda en el pensamiento sociológico».<sup>75</sup>

La solución de tal contradicción él la encontraba en el reconocimiento de un método propio para las ciencias del hombre, al considerarlas también como un objeto propio muy peculiar. Ese método científico en las ciencias sociales «se caracteriza, en razón de la textura de su objeto, por ser un método histórico».<sup>76</sup> Pero no uno cualquiera, sino uno que posee, además, la característica de ser dialéctico, pues

[cada] hecho o fenómeno social tiene un momento determinado de nacimiento y se da en una circunstancia concreta [...] Nada es inmutable en este mundo. Todo está en él [...] haciéndose y deshaciéndose, integrándose y desintegrándose, afirmándose y negándose. El ser y el devenir constituyen así fases recíprocamente condicionadas de un mismo proceso real y temporal, en el que todo fluye del pasado y va hacia el futuro, en el que todo es sustantiva y estructuralmente histórico.<sup>77</sup>

Ello no niega la incidencia de la naturaleza sobre los sistemas sociales y su constante interacción.

Para realizar las investigaciones sociológicas concretas, Roa comprendió la necesidad de guardar un correcto equilibrio entre los aspectos metódicos y conceptuales en el trabajo sociológico. De ahí que expresara «nada más perjudicial que este empirismo a secas. El proceso de búsqueda y acarreo debe estar presidido por un criterio directriz, que ponga orden, claridad y sentido en los datos y en los hechos obtenidos. Este papel corresponde a la teoría».<sup>78</sup>

**Puede afirmarse el carácter comprometido de esta sociología, dirigida, más que a estudios académicos o empíricos, a la práctica de la política dentro de una u otra tendencias, pero generalmente desde posiciones progresistas o francamente revolucionarias, con la perspectiva teórica de un espontáneo historicismo.**

Como puede deducirse del análisis de esos párrafos —entresacados de un libro en el cual cita y comenta con frecuencia a Comte, Mannheim, Tönnies, entre otros destacados sociólogos burgueses—, Roa, mantenía una postura claramente marxista —sin hacer gala de ello ni utilizar la fraseología dogmática al uso— desde una posición académica, pues no militaba en el Partido Comunista. Es visible aquí una prosa elegante y precisa, apropiada a su objetivo como texto docente, un tanto distinta a la que empleó en la tribuna o en el artículo de corte polémico.

### Balance de la sociología prerrevolucionaria

Es bien conocido que la sociología no surgió como ciencia revolucionaria. Ella se manifestó en la cultura burguesa bastante después de consolidarse el poder político de la clase que le dio origen; por eso Comte la concibió como herramienta científica para el perfeccionamiento de la sociedad capitalista y, aunque preconizaba su estudio global —idea retomada más tarde por Weber—, fue imponiéndose en la práctica profesional el estudio fragmentario, por áreas específicas de problemas, como vía idónea para no cuestionar de conjunto la formación socioeconómica originaria y hacerla más aprehensible en el plano empírico, y así mejorarla parcialmente mediante oportunos reajustes funcionales. El objetivo principal era, en definitiva, lograr una mayor estabilidad y eficiencia del sistema, considerado por principio como el más natural y perfecto.

Pero ella llevaba en sí el germen de su propia negación, como ciencia burguesa, como resultado de la relación dialéctica entre lo global y lo particular en la problemática objeto de estudio. Esa realidad implica aceptar la existencia de problemas macrosociológicos, destinados al trabajo de la llamada sociología general, y problemas microsociológicos, tratados por las sociologías especiales, surgidas paulatinamente al calor de las demandas sociales más exclusivas, y muchas de ellas todavía en niveles de evolución muy incompletos.

Aun así, la sociología tiene como virtud y desgracia el ser una ciencia más general en sus contenidos y

extrema en su posible utilidad: o su practicidad es menos evidente, o permite su aplicación transformadora para cuestionar un sistema social en bloque. Siempre que se desea poner en crisis una problemática social específica, la vía más segura es replantearla en sus términos más generales (valga decir, sociológicos). Por eso, la sociología ha sido, en muchas ocasiones, una ciencia para la crítica objetiva, y la clase dominante busca dos tipos de salida en relación con ella: la asimila a su aparato conceptual o, simplemente, la suprime o ignora. Decidirse por la primera alternativa implica que hay que tener algo con qué hacerlo en los planos ideológico y científico.

La burguesía dependiente criolla, emasculada por su servilismo al capital yanqui, no pudo encontrar en la obra de Agramonte y sus congéneres material suficiente para incorporar la sociología en un sistema categorial y mucho menos crear una escuela cubana en esta disciplina. La segunda opción es mucho más fácil de instrumentar, pero puede ser, a la larga, más peligrosa y contraproducente, pues no es más que una variante de la conocida política del avestruz que, al generalizarla a otros planos de la vida social, la llevó a su suicidio como clase.

En resumen, la sociología es una ciencia que puede servir para demostrar convincentemente que el rey va desnudo; de ahí su función ideológica y partidista tan marcada, contraria a cualquier neutralidad axiológica.

El concepto de transculturación y sus implicaciones para entender la convivencia social en un sentido igualitario, por ejemplo, debió exasperar a la burguesía cubana que prefería la teoría de Sánchez de Fuentes (1874-1944) sobre el origen indígena de nuestra música popular, defendida aún en los años 40 del siglo xx, antes de aceptar el papel determinante del negro en este campo. Como resultado de ese estado de la conciencia social, Fernando Ortiz debió enfrentar, en primer término, la incompreensión de los negros. Al respecto decía: «No gustaba que yo publicara esos temas, pero no se me combatía en concreto. "¿Qué se traerá este blanquito?", oí yo decir más de una vez a mis espaldas»;<sup>79</sup> pero a continuación señalaba que la crítica más acerba provenía de la clase burguesa:

Un liberal dijo: «¡Este doctor es un vivo que quiere halagar a los negros para que le den los votos!». Un conservador, mulato pasado por más señas añadió: «¡Este liberal está haciendo un grave daño a Cuba, despertando las cosas de la esclavitud!». No faltó señorona encopetada diciendo que yo solía correrme a los bembés atraído por las hijas de la Virgen de Regla más que por los cultos a la Madre del Agua.<sup>80</sup>

En fin, la sociología puede ser una ciencia cuestionadora por excelencia, pues tiene que ser crítica en lo grande, porque no le es fácil ser práctica en lo pequeño. Por eso nunca interesó a la clase dominante en casi sesenta años de República burguesa: ¿Para qué develar científicamente los errores y horrores cotidianos?, los cuales afortunadamente, sí eran percibidos por la conciencia popular.

Es así que heredamos del período prerrevolucionario una sociología raquílica, con algunas contribuciones notables, en especial de Varona y Ortiz, dentro de la cual hubo muy pocos aportes desde una perspectiva marxista.

No obstante, en sentido general puede afirmarse que, antes de 1960, ya existían dos problemáticas de estudio bien explicitadas en la sociología, a saber: la definición conceptual de los elementos característicos de la formación socioeconómica cubana, o sea, la indagación y el encuentro con la cultura nacional mestiza, que ya habíamos reconquistado mediante la lucha revolucionaria en las guerras contra el colonialismo español, estableciendo una sociología de la cultura, investigando nuestras relaciones internas como sociedad autónoma y mediante la búsqueda de la identidad nacional; y, en segundo término, la vinculación de la sociedad cubana con el imperialismo yanqui, surgida como nueva potencia dominadora a fines del siglo XIX y que conformó, según sus intereses estratégicos, la República burguesa semicolonial, valorada a través de una sociología política que atendió los aspectos de las relaciones socioeconómicas con los Estados Unidos y el resto del mundo. De ahí que puede afirmarse el carácter comprometido de esta sociología, dirigida, más que a estudios académicos o empíricos, a la práctica de la política dentro de una u otra tendencias, pero generalmente desde posiciones progresistas o francamente revolucionarias, con la perspectiva teórica de un espontáneo historicismo, lo que la coloca, en mayor o menor grado, como un instrumento de apoyo a la lucha de las vanguardias políticas del pueblo cubano.

## Notas

1. Una síntesis del desarrollo de la sociología en Cuba hasta comienzos de la década de 1950, interpretada desde el punto de vista de Roberto Agramonte, puede consultarse en Carlos Echanove Trujillo, *La sociología en Hispanoamérica*, Imprenta Universitaria, La Habana, 1953.

2. Carlos Echanove, ob. cit., p. 88.
3. *Ibidem*.
4. Medardo Vitier, *Las ideas y la filosofía en Cuba*, Editorial de Ciencias sociales, La Habana, 1970, p. 472.
5. *Ibidem*, p. 477.
6. Juan Pérez de la Riva, *Los demógrafos de la dependencia*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1979, p. 13.
7. Los criterios aquí expuestos sobre la periodización generacional fueron tomados de José Antonio Portuondo, *La Historia y las generaciones*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1981.
8. Medardo Vitier, ob. cit., p. 239.
9. *Ibidem*, p. 238.
10. *Ibidem*, p. 240.
11. *Ibidem*, p. 472.
12. *Ibidem*, p. 238.
13. *Ibidem*, p. 422.
14. Una exposición resumida de este proyecto y las discusiones al respecto puede consultarse en Manuel Rivero de la Calle, comp., *Actas de la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba*, Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, La Habana, 1966, pp. 42, 45-47, 54, 60-61, 70, 79, 175, 176, 181. El cuestionario propuesto por Varona y algunos otros datos interesantes sobre los resultados de la encuesta se encuentran en *Boletín de la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba*, t. 1, 1879, pp. 110 y ss.
15. Manuel Rivero de la Calle, ob. cit., p. 45.
16. *Ibidem*.
17. Enrique J. Varona, «El bandolerismo. Reacción necesaria», en José A. Fernández de Castro, comp., *Varona*, Ediciones de la Secretaría de Educación Pública, México, D. F., 1943, p. 69.
18. *Ibidem*.
19. *Ibidem*, p. 80.
20. Enrique J. Varona, «El imperialismo a la luz de la sociología», en Salvador Bueno, comp., *Los mejores ensayistas cubanos*, Segundo Festival del Libro Cubano, Imprenta Torres Aguirre, S.A., Lima, 1960, p. 13.
21. *Ibidem*.
22. *Ibidem*, p. 13-14.
23. *Ibidem*, p. 14.
24. *Ibidem*.
25. *Ibidem*, p. 22.
26. *Ibidem*, p. 17.
27. *Ibidem*, p. 21.
28. Carlos Echanove, ob. cit., p. 89.
29. Mariano Rodríguez Solveira, Prólogo a la segunda edición de Fernando Ortiz, *Historia de una pelea cubana contra los demonios*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, p. 12.
30. Julio Le Riverend, «Ortiz y sus contrapunteos», en Fernando Ortiz, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, Editorial de Ciencias Sociales, p. XIX..

Rolando Zamora

31. De acuerdo con los propósitos expositivos de este texto, solo comentaremos el concepto de transculturación de forma extractada; un estudio detallado sobre el tema puede verse en Diana Iznaga, *Transculturación* en Fernando Ortiz, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1989.
32. Bronislaw Malinowsky, «Introducción», en Fernando Ortiz, *Contrapunteo...*, ob. cit., p. XXXI.
33. *Ibidem*, p. XXXII.
34. *Ibidem*.
35. *Ibidem*, p. XXXII-XXXIII.
36. *Ibidem*, p. XXXIV.
37. *Ibidem*, p. XXXVI.
38. Julio Le Riverend, ob. cit., p. XXIII.
39. *Ibidem*, p. XIV.
40. Fernando Ortiz, *Contrapunteo...*, ob. cit., p. 86.
41. *Ibidem*.
42. *Ibidem*, p. 90.
43. *Ibidem*.
44. Carlos Echanove, ob. cit., p. 91.
45. Félix Lizaso, «Palabras iniciales», en Elías Entralgo, *Algunas facetas de Varona*, Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, La Habana, 1965, p. 216.
46. *Ibidem*, p. 217.
47. *Ibidem*.
48. Elías Entralgo, *Lecturas y estudios*, Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, La Habana, 1962, p. 187.
49. *Ibidem*, p. 186.
50. Félix Lizaso, ob. cit., p. 216.
51. Elías Entralgo, ob. cit., p. 119.
52. *Ibidem*.
53. *Ibidem*.
54. *Ibidem*, p. 120.
55. *Ibidem*, p. 123.
56. *Ibidem*, p. 137.
57. Elías Entralgo, *Sociología cubana*, ejemplar mimeografiado, La Habana, s/f, p. 1.
58. *Ibidem*, p. 3.
59. Carlos Echanove, ob. cit., p. 93.
60. Roberto Agramonte, *Sociología*, t. 1, sexta edición, Publicaciones Cultural S.A., La Habana, 1949, p. 3.
61. *Ibidem*, pp. 3-4.
62. *Ibidem*, p. 10.
63. *Ibidem*, p. 5.
64. *Ibidem*, p. 33.
65. *Ibidem*, p. 24.
66. Raúl Roa, *Historia de las doctrinas sociales*, t. 1, Imprenta de la Universidad de La Habana, La Habana, 1949, p. 3.
67. *Ibidem*, p. 4.
68. *Ibidem*, p. 3.
69. *Ibidem*, p. 11.
70. *Ibidem*, p. 2.
71. *Ibidem*, p. 6.
72. *Ibidem*, p. 16.
73. *Ibidem*, p. 17.
74. *Ibidem*, p. 16.
75. *Ibidem*, p. 4.
76. *Ibidem*, p. 6.
77. *Ibidem*, p. 7.
78. *Ibidem*, pp. 8-9.
79. Fernando Ortiz, *Contrapunteo...*, ob. cit., p. 183.
80. Fernando Ortiz, «Por la integración cubana de blancos y negros», *Órbita de Fernando Ortiz*, UNEAC, La Habana, 1973, pp. 183-4.

© **TEMAS**, 2001.